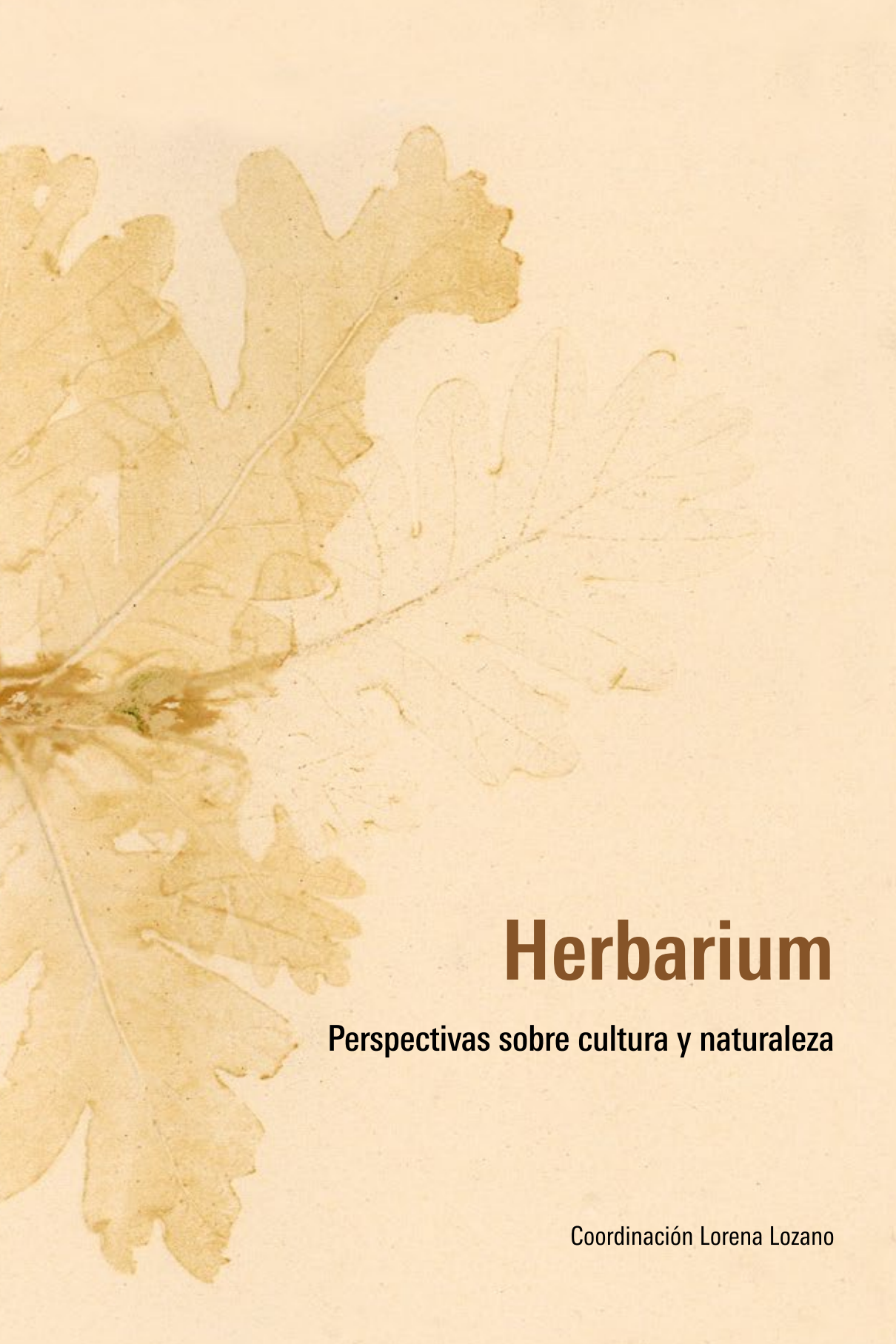




Herbarium

Perspectivas sobre cultura y naturaleza

Coordinación Lorena Lozano

Herbarium

Perspectivas sobre cultura y naturaleza

Grupo de trabajo de Cerezales del Condado
2013 - 2017

Coordinación:
Lorena Lozano



Herbarium. Perspectivas sobre cultura y naturaleza.

Un proyecto de Lorena Lozano + Grupo de Trabajo de Cerezales del Condado
+ FCAYC, 2013 - 2017

www.herbarium.cc

Coordinación

Lorena Lozano

Editor

Fundación Cerezales Antonino y Cinia
Antonino Fernández, 76
24150 Cerezales del Condado, León
T: +34 987 34 21 84
www.fcayc.org

Colabora

Econodos. Ecología y comunicación

Agradecemos el apoyo de la Oficina Verde
de la Universidad de León.

© de los textos: los autores, 2017

© de las fotografías: archivos de FCAYC
y Econodos 2013-2017

© de la edición: Fundación Cerezales Antonino
y Cinia, 2018

Los textos de esta publicación están sujetos a la licencia
Reconocimiento-No-Comercial-CompartirIgual 4.0
International de Creative Commons.



Diseño gráfico y maquetación

José Luis González Macías

Impresión

ISBN: 978-84-09-05133-5

D.L.:

Impreso en papel reciclado

Contenidos

Principios activos

Alfredo Puente

pág. 5

Perspectivas sobre naturaleza y cultura

Lorena Lozano

pág. 6

Botánica linneana y biopolíticas imperiales españolas

Antonio Lafuente y
Nuria Valverde

pág. 16

Cuaderno de campo

pág. 30

Principios activos

Alfredo Puente

Área Curatorial FCAYC

Hace no demasiado escribíamos:

«[...] En 2013 empezamos junto a la bióloga Lorena Lozano y un grupo de trabajo, un proyecto para el desarrollo de un herbario basado en la zona en la que está la Fundación. La intención es recoger conocimientos científicos y populares y estudiar la evolución en los usos de las plantas y sus diferentes formas de representación».

Este prólogo comienza ahí: pie a tierra, entre saberes reglados y un conjunto menos definido de conocimientos, a partir de roles sin desmenuzar y avistando un recorrido que nos trae hasta hoy, cinco años después. Una ruta encuadrada entre tus manos ahora, salpicada por químicas inesperadas y dosis de memoria colectiva.

Un sustrato fértil, la memoria, para desenterrar un *habla viva*, con menos reglas, en contraposición al esfuerzo de extraer un pensamiento de su curso mental y depositarlo en otra orilla una vez materializado, en el veneno de la escritura, donde no se olvida. Farmacia y escritura cara a cara, *tête-à-tête*. Jaques Derrida, en su conjunto de ensayos titulado «La Diseminación», en 1972, analizó la escritura y su relación con la idea platónica de *pharmakon*. Se concentró en descomponer sus principios activos. Resultado: un *habla muerta*, cuyo cadáver queda expuesto a la intemperie de cualquier prólogo. Dejémonos, pues, envenenar o curar, o ambas, por las próximas páginas.

La palabra, la escritura y la imagen han sido, desde 2013, motores de Herbarium, según se aprecia en los registros de todo tipo —sonoros, gráficos, videográficos— y en el grupo de conceptos clave recogidos en herbarium.cc, el repositorio en línea del proyecto. Así, desde aquella etnobotánica de Harshberger descrita en «The Botanical Gazette» (1896) como un campo de conocimiento cimentado en la memoria local y vinculado al estudio de los vegetales empleados por los pueblos tecnológicamente poco desarrollados, han evolucionado muchos procesos. Hoy, en este proyecto guiado por Lorena Lozano, es una disciplina abierta a otras hibridaciones que detectamos de fondo. La posibilidad que apunta el siglo **xxi** de

afrontar las relaciones entre lo humano y lo no humano como un parlamento en el que hacer presentes a personas, animales, plantas o tecnologías de todo tipo de procedencia supone un reto a la hora de localizar las *portavocías* de unas u otros. Que dicho parlamento se promueva desde alguno de los posibles medios rurales, como sucede en este caso, es un ejercicio de autoestima y de afirmación de la vigencia de los saberes que se reúnen en uno de los entornos más dañados y esquilados en todo el planeta, el que se encuentra más cerca del sector primario. Ideas indispensables en este itinerario siguen siendo y serán también autoorganización, botánica, arte, ciencia, política, vida, comunales, polinizadores, semillas, tóxicos, legados, códigos... entre nombres como Goethe, Linneo o Dioscórides. En este lapso, además, hemos aprendido que debemos mantener despierta la atención para encontrar y desvelar más voces, las de ellas, botánicas y boticarias: creadoras o guardianas de otros archivos entre el pasado y el presente. Contribuciones imprescindibles para comprender la evolución de los medios rurales, y sumarlas al aquelarre entre especies y economía diseminado por todo el planeta —investigadoras como Federicci (2004) lo han estudiado—, de *Calibanus*, *Sideritis* y «brujas».

Así, de imágenes, palabras y texto, jornadas a pie, registros gráficos de la práctica, remedios, recetas de uno u otro signo, fármacos y venenos contra la memoria imperfecta, surge este volumen. En él, Lorena Lozano y un grupo de trabajo bien provisto de intuición y de energías para abrir su diálogo al juego de posibilidades, busca identificar los rasgos de una ecología entendida en un amplio sentido, que permita convivir saberes formales e informales para mantener hoy y en

adelante la tensión sobre preguntas cruciales que hacen girar este planeta: qué naturaleza, qué cultura...

Páginas sencillas para condensar un saber colectivo, no solo sobre hierbas y no solo sobre plantas, invocado en tiempos compartidos y signos sobre el papel, en distintas formas de escritura. En este particular *filandón*, el grupo de trabajo ha encontrado lugar en torno a Cerezales del Condado y su Área de Etnoeducación. En su quehacer ha compilado un registro vivo, asentado en una práctica colectiva que debe ayudarnos a *habitar* en este territorio, sin perder el hilo que guía las complejas relaciones entre lo humano y lo no humano: el cuaderno de viaje de «Herbarium. Perspectivas sobre cultura y naturaleza de Lorena Lozano + Grupo de Trabajo + FCAYC».

Balsamina, caléndula, celidonia, chopo, cimífuga, fréjoles, fumaria, lavanda, lúpulo, mandrágora, ortiga, peonía, roble, rosa, salvia, tejo, tomillo, zarzamora, términos que apelan a lo que aún arraiga, germina y debe seguir perteneciéndonos. Principios activos y catalizadores para mantener sana a la sociedad, a los vecindarios que pueblan los medios rurales y los bienes que todavía custodian: culturales, artísticos, científicos y simbólicos.

Perspectivas sobre naturaleza y cultura

Lorena Lozano

Eso cuando no puedes con ello «déjalo pa prao», ¿no? que esté unos años dando yerba y después volver a sembrar, porque ya son muchos años sembrando lo mismo y yo creo que la tierra se cansa.

NILA GUTIÉRREZ, VECINA DE CEREZALES

Con esta frase una vecina del pueblo de Cerezales explica una de las pautas que sigue al cultivar la tierra, manifestando de esta manera una cierta prudencia ecológica en la gestión del entorno y una particular forma de territorialización o de «anclaje» cultural a su espacio. Estos rasgos, característicos del pensamiento campesino y escasos en el mundo contemporáneo, se suelen considerar parte de un imaginario utópico limitado a los movimientos sociales de las décadas de 1960 y 1970. Este imaginario fue desafiado por artistas como Robert Smithson, Agnes Dennes, Grupo Pulsa o Joseph Beuys, por nombrar algunos, quienes, a través de las llamadas «estéticas ambientales» y de la teoría y práctica de la «escultura social», proclamaron un arte que evoluciona hacia las necesidades de los seres humanos y del medio ambiente.

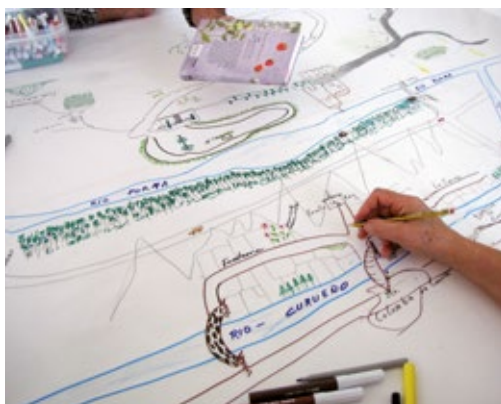
Los lenguajes del arte ofrecen múltiples capacidades en términos pedagógicos, al mismo tiempo que constituyen un amplio espectro de herramientas de comunicación, llegando a públicos diversos y facilitando la creación de significado social¹. Las prácticas artísticas contemporáneas se interrelacionan con medios tecnológicos, movimientos sociales e industrias culturales. Dadas las características del paisaje global, el modelo de artista urbano sedentario de la modernidad ha dado un giro hacia un modelo de artista nómada que desarrolla su trabajo entrelazado con un contexto local particular². La proliferación actual de proyectos muy diversos dispersos por todo el territorio rural de la Península Ibérica muestra que la ciudad y lo urbano ya no son las únicas zonas donde se desarrollan las manifestaciones artísticas más relevantes.

1 Leavy, P., *Method Meets Art-arts based research practice*. New York: Guildford Press, 2008.

2 Hannerz, U. en Rofes, O. «Learning from the tourist. The construction of local specificities from artistic activities», 1996. En *Idensitat, Territoris en procés*, 302-302. Madrid: Idensitat e Instituto de la Juventud, 2003.

Como ejemplos, «Territorio Archivo», de Chus Domínguez, considera el álbum fotográfico familiar como síntesis de la memoria íntima (Fundación Cerezales Antonino y Cinia y Fundación Germán Sánchez Ruipérez, desde 2011); «Montenoso», un colectivo artístico dirigido por Fran Quiroga desde 2010 en Galicia, se configura como espacio comunitario y en red que vincula soberanía alimentaria, feminismos y tierras comunes y «Campo Adentro», dirigido por Fernando García-Dory desde 2010, vincula territorios, geopolítica, cultura e identidad y trata de definir una estrategia cultural del campo a través de la producción artística. Muchas de estas iniciativas nacen de la simbiosis entre movimientos sociales, movimientos artísticos y/o instituciones y colocan las periferias rurales de algunas metrópolis en un escenario de coexistencia de diferentes actores sociales. La ubicuidad de estas actividades artísticas y su creciente interés por redefinir los «comunales» indica el surgimiento de realidades culturales específicas entendidas como experiencias locales que pueden ser territorializadas³.

En la línea de las propuestas mencionadas y al hilo de las estéticas ambientales y relacionales del arte contemporáneo, Herbarium nació como un deseo de recontar las historias de las plantas desde la confluencia de los lenguajes artístico, científico y popular. Comenzó en 2013 dentro del marco etnoeducativo de la Fundación Cerezales Antonino y Cinia (FCAYC, Comarca de Vegas, León)⁴ y en su andadura se encuentra con la realidad del campo español y las intrínsecas relaciones entre biodiversidad y formas de conocer, llegando a cuestionar las capacidades del arte



contemporáneo en los procesos de territorialización. Entre textos e imágenes este libro recoge reflexiones, momentos y creaciones que surgieron del grupo de trabajo durante los procesos en Cerezales del Condado. Se acompaña de un maravilloso texto de Antonio Lafuente y Nuria Valverde (2012)⁵ que narra la expansión colonial de la ciencia y su relación con el conocimiento profano.

El proyecto

La vegetación local ha sido esencial para la supervivencia de una comunidad en el ámbito de la alimentación y la medicina. Los vocablos populares que denominan una planta se refieren a los usos y significados y forman parte de la historia y son transmitidos de generación en generación. De hecho, los nombres de las hierbas fueron el básico y primario lenguaje que inventaron para comunicarse muchas civilizaciones antiguas⁶. El conocimiento sobre las plantas puede ser recogido en un herbario o colección de especímenes de plantas preservadas, normalmente secas.

3 Ídem.

4 De forma paralela, Herbarium es un estudio de caso de la tesis de doctorado Lozano, L., *Jardín en red. Arte, ciencia y sociedad*. Universidad de Oviedo, Dpto. Historia del Arte y Dpto. de Sociología. Dir: Natalia Tielve. Co-Dir: Holm Khöler, 2017.

5 Este texto aparece íntegro en *Las dos orillas de la ciencia* de Lafuente, A. y Valverde, N. Madrid: Marcial Pons, 2012, pp. 127-142. Una versión considerablemente modificada aparece en Schiebinger, L. y Swan, C., (eds.). *Colonial Botany. Science, Commerce and Politics in the Early Modern World*. Philadelphia: University of Philadelphia Presss, 2004, pp. 134-147.

6 Lévi-Strauss, C., *El pensamiento salvaje* (1ª ed. 1962). Madrid: Fondo de Cultura Económica, S.L., 2002.

En la Botánica esta colección es un elemento esencial para el estudio de la taxonomía de los vegetales, su distribución geográfica y para la estabilización de su nomenclatura. Pero también se considera un herbario un libro que contiene los nombres y descripciones de las plantas con información sobre sus virtudes, propiedades medicinales, leyendas y recetas para extractos o pociones. Todos los herbarios reúnen conocimientos y lenguajes del arte, la ciencia y la cultura popular, haciendo posible seguir el rastro de los usos de las plantas, sus historias y formas de representación.

De entre la primera literatura escrita muchos fueron herbarios a modo de compendios de la sabiduría médica. El «Papyrus Eber's» de Egipto, el «Shennong pen Ts'ao ching» de China, el «Vriksha áiur vedá de Parashará» de la India o los escritos de Plinio, Teofrasto y Dioscórides en la Grecia Clásica son algunos antíguísimos ejemplos. De la época medieval nos llegan el «De Vegetabilibus» de Albertus Magnus o el «Libro de Plantas» del kurdo *Ábu Ḥanifah Āḥmad ibn Dawūd Dīnawar*, mientras que el Dióscorides sigue siendo desde entonces objeto de múltiples reinterpretaciones. Códices de plantas del Renacimiento, como el «Erbario Carrarese» o el «Tractatus de herbis», reflejan una mirada estética y, al mismo tiempo, científica influenciada por el pensamiento humanista toscano⁷. La expansión del Imperio español y portugués, sumado al interés por el mundo natural, la ilustración científica y la clasificación de especies propició la elaboración de enciclopedias como el «Hernandez Rerum Medicarum» (1648) que documenta los descubrimientos del Nuevo Mundo. Las «floras», catálogos

sistemáticos de una región particular, surgen a finales del siglo xvii para facilitar la identificación. Toda esta labor científica se plasma en colecciones como las del Museo Nacional de Historia Natural de Francia y las de las Universidades de México y de Coimbra. Todos los herbarios han sido acompañados de imágenes para ayudar a la identificación de las plantas o para crear fantasías sobre ellas. Entre las más notables ilustraciones destacan las vívidas pinturas como ecosistemas de plantas e insectos de María Sibylla Merian (1647-1717), los minuciosos dibujos de la farmacopea de Elizabeth Blackwell (1712-1770) o las cianotipias de las algas de las Islas Británicas de Ana Atkins (1799-1871). De la conexión entre romanticismo y ciencia moderna surgen diferentes formas de mirar al mundo vegetal más allá de la sistematización de la biodiversidad. Bajo la idea de la metamorfosis de las plantas J. W. von Goethe (1749-1832), a modo de imagen en movimiento, hace un registro visual del desarrollo de los órganos vegetales anticipando los principios de fisiología vegetal. Las herramientas digitales de gestión de la información y de geolocalización han permitido a universidades y a colectivos ciudadanos crear en internet sofisticadas bases de datos, como «Anthos» sobre la biodiversidad vegetal de España o la «Web de los árboles de Gijón» desarrollada por alumnos de Secundaria.

Con estos precedentes, Herbarium explora la cuestión de lo local en la convergencia entre el arte, la ciencia y el conocimiento popular. Su enfoque es, esencialmente, experimental y considera las repercusiones sociales e históricas de las plantas, estimándolas como agentes políticos. Para su desarrollo

7 Pätch, O., *La Scoperta de la Natura. I primi studi italiani* (1ª ed.). Torino: Piccola Biblioteca Einaudi 539 Nuova Serie, 2011.



las zonas rurales la producción de variedad de paisajes para los actores urbanos¹².

En este escenario, nos encontramos entonces con que la identidad y la cosmovisión de los oriundos difiere mucho de la imagen proyectada por los recién llegados y los visitantes¹³. La imagen colectiva y los valores atribuidos al entorno mantienen una dicotomía en el sentido simbólico de la ruralidad, algo característico en el contexto español; pero, además, las nuevas dinámicas rurales conforman un escenario de convivencia entre agentes con percepciones muy diferentes. Los oriundos asocian sus experiencias a las de otros vecinos y su conocimiento está mediado por su pasado y su experiencia como campesinos. Perciben el paisaje como un recurso de producción y subsistencia que depende de los intercambios, los conflictos internos y la memoria social. La despoblación provoca

un sentimiento generalizado de pesimismo y advierten el abandono de lo material, así como una renuncia al conocimiento tradicional, la cultura popular y el sentido de comunidad. La imagen desdeñosa asociada al campo en la década de 1950 por las escuelas religiosas rurales, las agencias estatales de desarrollo agrario y la prensa impusieron un discurso que subestima la tierra, las herramientas y el trabajo tradicional¹⁴. Esto generó una concepción de lo rural identificada con un sector primario en estado crítico perpetuo, mientras que las circunstancias institucionales y familiares llevaron a la identificación de la urbanidad con el éxito personal y el prestigio cultural. Como consecuencia, el sentimiento de desarraigo fue generalizado y las representaciones de lo rural provocaron el llamado «éxodo ilustrado» hacia las oportunidades en la ciudad¹⁵. De forma diferente, los nuevos habitantes y visitantes

12 Esparcia, J. B., *New Rural-Urban Relationships in Europe: A Comparative Analysis. Experiences from The Netherlands, Spain, Hungary, Finland and France*. Valencia: Instituto Interuniversitario de Desarrollo Local, Univ. de Valencia, 2005.

13 Eiró, T., *Paisaje rural: imagen e identidad*, 2013. [Consultado el 19 de Noviembre de 2014 en: <http://elblogdefarina.blogspot.com.es/2013/10/paisaje-rural-imagen-e-identidad.html>].

14 Boixo, G., *Apuntes para la historia de Vegas del Condado*, 2002. Web del Ayuntamiento de Vegas. [Consultado el 3 de enero de 2013 en: <http://www.vegasdelcondado.com/apuntes.htm#Presentaci%F3n>].

15 Benito Lucas, D., «Despoblación, desarraigo y escuela rural: condenados a encontrarse». En *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales* (6), 2013, pp. 56-69.

tienen una imagen del lugar alimentada por historias familiares, atlas, guías de viajes e información comercial o institucional y buscan una experiencia de escape de la ciudad. Para ellos, el campo es sinónimo de aire puro y tranquilidad y hacen hincapié en la belleza del paisaje, en sus características icónicas, valorando modelos de paisaje romántico y reclamando protección y conservación. Esta percepción, compartida por la mayoría de los europeos, vincula el paisaje a una forma de belleza llena de connotaciones bucólicas, pintorescas y patrióticas¹⁶ y se expresa a través de la escenografía paisajística e ideas de salud y verdad. Este «idilio rural» es una imagen mental muy vinculada a la Institución Libre de Enseñanza (1876 y 1936), una organización reformista y liberal influenciada por la geografía moderna de Humbolt y por autores, escritores y pintores de la Generación del 98, para quienes el paisaje castellano conforma la identidad nacional del pueblo español y su historia¹⁷.

Ante estas percepciones e identidades en contexto, los talleres desarrollados durante el proyecto Herbarium se basaron fundamentalmente en el dibujo y la estampa como técnicas para mapear el lugar y crear un imaginario propio de la flora. Esto desveló ideas preconcebidas sobre la cultura visual y representativa, las perspectivas y las escalas, y dando pie a múltiples conversaciones y debates alrededor de las transformaciones del paisaje. De entre las plantas representadas por la comunidad, la flora autóctona es la más popular y dibujan y estampan hojas de roble y álamo, entre otras. También les dedican tiempo al lúpulo y la menta, variedades de gran repercusión en el trabajo del campo y

que acabaron con los cultivos tradicionales de fréjoles, cereales, patatas y viñas. Al ir estableciéndose la confianza y la validez del conocimiento popular, el grupo comienza a intercambiar recetas, refranes, remedios y artefactos, como mermeladas, tinturas, textiles, bordados, etc. El acercamiento a las plantas medicinales produjo un sentimiento generalizado de redescubrimiento e incluso algunas mujeres aprecian la extinción de especies comestibles y medicinales salvajes, como *Arnica montana* o Berro. La conversación que se abre provoca la revalorización del medio ambiente cercano, un aumento de la autoestima y la afirmación de la necesidad de conservación de los recursos.

La alta afluencia de mujeres supuso cuestionar cómo afectan las diferencias de género a la forma en que se percibe el paisaje. La vegetación, los alimentos, la salud y los cuidados se colocan en los ámbitos de la intimidad y la domesticidad donde las mujeres, histórica y culturalmente, son protagonistas. Además, las oportunidades económicas y jurídicas desiguales hacen crecer su interés en actividades sociales que se oponen a las amenazas de los recursos comunales, lo que revela su papel como relatoras y vinculantes de la comunidad¹⁸. Por otro lado, el orgullo con el que las mujeres asocian «pueblo» a naturaleza, diversidad alimentaria, conocimientos prácticos y ambientales refleja la resistencia a la supuesta superioridad urbana. Sin embargo, lejos de identificarse con la madre tierra, sus motivaciones son la responsabilidad personal, la privacidad y los derechos individuales¹⁹. Al final del año, las mujeres habían establecido una red y expresado el deseo de mantener el

16 Nogué, J., «Turismo, percepción del paisaje y planificación del territorio». En *Estudios turísticos* (115), 1992, pp. 45-54.

17 Ortega-Cantero, N., «Paisaje e identidad. La visión de Castilla como paisaje nacional». En *Boletín de la A.G.E.* (51), 2009, 25-49.

18 Shiva, V., *Cosecha robada: el secuestro del suministro mundial de alimentos*. Barcelona: Paidós, 2003.

19 Rivera Cusicanqui, S., *Chhixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Retazos-Tinta Limón, 2010.



trabajo conjunto más allá de nuestro proyecto de investigación original.

El uso que la comunidad hace de la vegetación silvestre para la curación de personas y de animales revela motivaciones locales e interacciones complejas entre los seres humanos y los recursos naturales. Su percepción personal y colectiva del paisaje se relaciona con la necesidad de curar y la flora se entiende como una fuente de «materia médica» o «herbal landscape»²⁰. Su conocimiento se basa en experiencias e imágenes tradicionales que requieren un guía, normalmente de mayor edad, que transmite sus saberes de manera personal y oral, muy a menudo *in situ* en el contexto donde crecen las plantas. Los visitantes y nuevos habitantes obtienen normalmente la información sobre usos e identificación de plantas de los medios contemporáneos como televisión, libros e Internet. Aunque estos implican más posibilidades de malentendidos y dificultades para reconocer algunas especies, ofrecen datos exhaustivos sobre las sustancias medicinales y las formas de cultivo, tanto de plantas

medicinales como ornamentales. Además, el nuevo conocimiento generado en este intercambio puede llegar a formar parte de la tradición local.

Durante las actividades de reconocimiento de plantas hubo una insistencia generalizada en la identificación de las plantas a través de los nombres latinos. Esto coloca al conocimiento científico como legítimo y manifiesta el profundo ejercicio social y político que supone «nombrar», es decir, construir identidad. El precedente histórico de la Europa medieval es un claro ejemplo, cuando el rico conocimiento empírico de campesinas y herbolarias laicas perseguidas durante la caza de brujas y el de los nativos americanos de las colonias españolas y portuguesas fue expropiado por académicos naturalistas del Imperio español y portugués²¹. Esto no habría sido posible sin el sistema de nomenclatura de Linneo que, a partir del siglo xvii, se convirtió en el instrumento oficial para nombrar y clasificar la vegetación en todo el planeta, facilitando así el desarrollo de algunas metrópolis europeas²². El conocimiento sobre los seres vivos, mediado por el lenguaje científico, genera la translocación de la naturaleza y con ello la deslocalización y desterritorialización de los saberes locales, perdiendo infinitos sistemas de nomenclatura local y taxonomías nativas²³. Además, hoy día, el campesino, como gestor histórico del medio ambiente local, ha sido sustituido por lógicas *invitro* de los laboratorios científicos y la conservación de la naturaleza se basa en un conjunto de artificios y sistemas auxiliares como bancos de germoplasma, centros de conservación e investigación y jardines botánicos, que, a pesar de proporcionar un

21 Federici, S., *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2004.

22 Schiebinger L., y Swan, C., *Colonial Botany: Science, Commerce, and Politics in the Early Modern World*. Philadelphia: PA, University of Pennsylvania Press, 2005, pp. 134-147.

23 Schiebinger, L., «Linguistic Imperialism». En L. Schiebinger, *Plants and Empire: Colonial Bioprospecting in the Atlantic World*. Cambridge: Harvard University Press, 2004, pp. 194-225.

20 Soukand, R. y Kalle, R., «Herbal landscape: The perception of landscape as a source of medicinal plants». En *Trames*, 14 (64/59), (3), 2010, pp. 207-226.

servicio importante, su alto costo impide que sea una práctica generalizada²⁴. Por otro lado, el creciente interés de las comunidades nativas por las esferas globales está provocando la difusión del conocimiento local en espacios y audiencias diferentes a los de sus orígenes. Estos saberes populares pueden adoptar un estatus global reconfigurando su valor, sentido simbólico y económico. A su vez, esto transforma los cultivos en productos y fuentes de riqueza transaccional y genera conflictos sobre derechos de propiedad intelectual y de patrimonio cultural y natural²⁵.

Ecología de saberes

El trabajo de campo constata que el orden tradicional del espacio basado en una clara jerarquía entre lo local, lo nacional y lo internacional está mutando. La sociedad de la información y la comunicación genera nuevos modos de movilidad y comunicación y cada vez más habitamos tiempos y espacios en un continuo urbano-rural. Las identidades campesinas son minoritarias y las nuevas formas de colonización de lo rural buscan en el paisaje una fuente de bienestar e interés intelectual. La visión cosmológica tradicional del mundo rural ha dejado de transmitirse de forma oral o escrita y se convierte en un conocimiento anacrónico que posee un soporte difícil de compatibilizar con las nuevas formas de relación social²⁶. Los modos de aprendizaje, los usos de la tecnología y la dinámica de la cultura digital determinan las percepciones e identidades y la transición de una alfabetización visual a otra virtual produce nuevas lógicas creativas, sociales y sensoriales. Todos

estos factores afectan profundamente a la forma en que lo natural es percibido en un nuevo escenario de convivencia entre nativos, visitantes y nuevos habitantes.

Los múltiples proyectos artísticos difundidos por el territorio rural y periférico son formas de habitar que vinculan acciones locales con globales y deben entenderse desde una perspectiva de conciliación de lo urbano y lo rural²⁷. Sin idealizar el conocimiento local, los nuevos paradigmas que proponen reconducen modelos de relaciones sociales y de hibridación cultural que abren posibilidades a la mezcla de lo moderno con lo tradicional y de lo local con lo transnacional. Sin embargo, los discursos dominantes de propiedad intelectual y recursos genéticos conllevan la depredación de espacios de vida y las hibridaciones ensombrecen tanto a las economías locales como a las redefiniciones de género y del medioambiente que puedan estar emergiendo²⁸. Las políticas de la naturaleza y la cultura caen entonces en categorizaciones fáciles, llevando al desmembramiento de las culturas campesinas hacia un multiculturalismo ornamental y simbólico. Fórmulas como el «etnoturismo» y el «ecoturismo» ponen en juego la teatralización del origen como algo anclado en el pasado, lo que dificulta su inclusión como sujeto de la historia²⁹.

El enfoque del proyecto Herbarium, basado en el conocimiento local y los sentimientos de belleza y significados asociados al paisaje y la flora a lo largo de la historia, permite desvelar los nexos entre el mundo humano y biológico, las clasificaciones y los lenguajes usados y cómo se conforman las identidades en relación con el lugar y la biodiversidad. El

24 Izquierdo, J., *La casa de mi padre*. Oviedo: KRK Ed., 2011, pp. 194.

25 Bayardo R. y Spadafora, A. M., «Derechos culturales y derechos de propiedad intelectual: un campo de negociación conflictivo». En Zamudio, T., Dir. *Cuadernos de Bioética*. (7), 1-14. Argentina: Ad Hoc Ed., 2001.

26 Fernández-Catuxo, J., *¿Qué queda de nuestros pueblos?*, 2014. [Consultado el 19 de noviembre de 2014 en: <http://suprateram.wordpress.com/>].

27 Duxbury, N. y Campbell, H., *Developing and Revitalizing Rural Communities Through Arts and Creativity: A Literature Review*. Centre for Policy Research on Culture and Communities, Simon Fraser University. Prepared for the Creative City Network of Canada, 2009.

28 Escobar, A., «After Nature. Steps on antiessentialist political ecology». En *Current Anthropology*, 40 (1), 1-30, 1999.

29 Rivera Cusicanqui, S., *Chhixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Argentina: Retazos-Tinta Limón Ed., 2010.



proyecto establece un diálogo entre la creación contemporánea, el paisaje, la identidad y el territorio tratando de reforzar la transmisión del conocimiento intergeneracional mientras revela las prácticas locales y cotidianas de la construcción, percepción y experiencia del paisaje. Los encuentros extienden la sensibilidad empática de la red de vecinos, afectos y autoestima, a todo el territorio, haciendo visibles las conexiones entre el paisaje y las comunidades humanas que lo habitan. Al buscar la personalización de los vínculos con el medio ambiente y la vegetación, se contemplan las dimensiones afectivas y creativas de la relación entre los seres humanos y las plantas³⁰. De forma metafórica, se conforma un mapa de vínculos entre habitantes y paisaje, desde la memoria de los elementos naturales que consolidan el territorio.

En tanto que investigación basada en la práctica artística, Herbarium involucra un proceso colaborativo y relacional que busca fortalecer los conocimientos rurales

comunes a través de la escucha activa y el diálogo con actores e instituciones. Santos y Meneses (2010)³¹ afirman la posibilidad de una «ecología de conocimientos» capaz de rehacer una inmensa cantidad de experiencias epistemológicas y cognitivas. Es aquí donde el papel de los artistas que trabajan en estos contextos se vuelve importante, en su voluntad y oficio como traductores interculturales capaces de manejar diferentes lenguajes y categorías, universos simbólicos y aspiraciones. El poder de las prácticas artísticas puede enriquecer el carácter testimonial de los conocimientos para hacer visibles las realidades epistemológicas y crear procesos profundos de territorialización. Las estrategias de comunicación, documentación y archivo, la generación de subjetividades y experiencias estéticas, así como el cultivo de las aptitudes tecnológicas apropiadas son algunas de sus aportaciones que facilitan nuevas formas de legar lo común. En Herbarium, la atención al dibujo vernáculo, el mapeo, la estampa y la identificación de plantas conecta lo tradicional con lo global enmarcando el imaginario colectivo del lugar en una perspectiva más amplia. También muestra cómo el mapeo artístico del conocimiento local ayuda a reconocer, validar, articular y hacerlo visible, reconfigurando la experiencia cotidiana del día a día. Todos estos aspectos son esenciales en la formación de representaciones e identidades contemporáneas y en reafirmar la importancia de las prácticas orgánicas, las cuales requieren conocimiento empírico y respeto de los ciclos naturales, un acercamiento que Nila Gutiérrez, vecina de Cerezas, propone cuando dice: «déjalo pa prao».

30 Albelda, J. y Sgaramella, C., «Arte, empatía y sostenibilidad. Capacidad empática y conciencia ambiental en las prácticas de arte ecológico». En *Ecozon@ Environmental Humanities*, 2015.

31 Santos, B. de Sousa y Meneses, M. P., *Epistemologias do Sul* (2ª ed.). Coimbra: Edições Almedina, CES, Série Conhecimento e Instituições; 2. 1ª ed., 2010.



Botánica linneana y biopolíticas imperiales españolas

Antonio Lafuente y Nuria Valverde

Quienes adoren la imagen de una naturaleza armónica, los entusiastas del orden, las palabras y la astronomía, no deberían fundar imperios. En el actual Perú, por ejemplo, todavía se utiliza el nombre de San Pedro para identificar docenas de ríos, una herencia colonial absolutamente inaceptable para un aprendiz de burócrata. Sin embargo, ahí están todos distintos y todos atados por las mismas dos palabras. Cualquier funcionario habría utilizado el santoral cristiano y establecido una correspondencia inequívoca entre los seres celestes y los accidentes terrestres. Para asegurar la pulcritud del resultado habría acomodado el espacio del trabajo al objeto de estudio y dispuesto, en consecuencia, muebles de cajones tipo chifonier con fichas ordenadas alfabéticamente, una por río, que impedirían la coincidencia. Un croquis de la sala, por fin, mostraría la ubicación de los muchos archivadores necesarios, pues además de ríos, también hay que administrar conventos, plantíos y estuarios. Y, terminamos ya con la parábola, descubriría que los esquemas, los cajoncitos y el santoral son un instrumento muy eficaz para controlar el territorio. Pues lo cierto es que la reincidencia en San Pedro sería considerada un abuso (de la religión) y un error (de la gestión). El fallo, incluso, no es reprochable a nadie, pues solo emerge cuando alguien contrasta los mencionados croquis, cuando la voluntad de gobierno sustituye a la de dominio y no quedan calles ni cañadas fuera del gran cuadro. Y para que todos los fragmentos quepan, hay que someterlos a una violencia simbólica tan desmesurada que hace falta construir un Imperio. No hablamos de fuerza, sino de gestión, es decir, de códigos

comunes y de lenguajes compartidos. Ciencia e imperio son causa y efecto mutuo. No coinciden, pero se codeterminan recíprocamente¹.

Parece muy difícil. De hecho, es necesario compartir la ilusión de que las cosas caben entre letras, cifras, rayas, manchas, gradientes o flujos. En definitiva, que se pueden trasladar a un plano, que el plano puede ser un papel y que las materias primas, los procedimientos y el lugar donde se fabricaron están catalogados, es decir en un papel dentro de algún chifonier. Es necesario, pero sabemos que no es suficiente. Lo que distingue a un geógrafo de un archivero es la condición de testigo que tiene el primero. Y lo mismo podría decirse de un botánico o un astrónomo, que son también oficios para prácticos sobre el terreno: sabios in situ, gentes que se desplazan tras su objeto y levantan testimonio de sus apariencias, expertos que, además de sus propios cuerpos, mueven datos, instrumentos, papeles. Y todo ello les otorga una influencia sobre lo que observan y apuntan, como también sobre quienes los envían y los escuchan. De regreso, unos y otros, los observadores y quienes los mandan, admiten la posibilidad de que los papeles permiten saber pese a la distancia: saberes que se articulan en red. Una red para proyectar la mirada y extender la mano, una «tecnoescopía» que se apoya en el Imperio y que contribuye a sostenerlo. Un artefacto, en definitiva, para conocer y actuar a distancia. La distancia, no obstante, plantea severas cuestiones de escala, pues la diversidad de lugares y la pluralidad de voces no pueden ser recogidas en toda su amplitud². Así que algún principio de orden tendremos que inventar para combatir la deriva babélica y proliferante

que siempre amenaza las empresas humanas, un problema antiguo que los geógrafos siempre supieron resolver realizando cartografías a la carta, es decir, jugando con la escala de los mapas.

Querellas de escala

La decisión sobre la escala de una representación no solo determina la selección de datos que hará visibles, sino también la matriz conceptual que permite organizarlos. La escala entonces configura el tipo de relaciones que queremos resaltar entre los elementos de una red de puntos y, si quisiéramos decirlo de una forma más provocadora, podríamos haber escrito que el geógrafo, más que describir la realidad, la inventa y luego la hace visible, pues el mapa debe preceder al territorio si el espacio debe ser considerado como una creación humana³. La mencionada red de puntos, inicialmente inconexa, llega al lector como una totalidad vertebrada, preexistente e independiente del observador. En fin, no todas las escalas dejan ver los mismos fenómenos, como tampoco todas las redes están presentes en una escala dada o, dicho en otros términos, son igualmente eficaces. Y así ensartamos una de las hebras con las que se hace el nudo de este artículo, pues nuestra intención es explorar la escala en la que las prácticas científicas adquieren la pujanza que explica el enorme éxito de esa empresa que llamamos ciencia.

Hablamos del concepto ciencia de escala, un instrumento útil para diferenciar, entre una multiplicidad de prácticas cognitivas, las que son vertebradas por una instancia política hasta hacerlas social y culturalmente

1 Law, J., «On the Methods of Long-distance Control: Vessels, Navigation, and the Portuguese Route to India». En Law, J. (ed.), *Power, Action and Belief: a new Sociology of Knowledge*, London [etc.]: Routledge and Kegan Paul, 1986, pp. 234-262; Chambers, D. W., «Does Distance Tyrannize Science?». En Home, R. W. y Kohlstedt, S. G. (eds.), *International Science and National Scientific Identity*, Kluwer Academic Publishers, 1991, pp. 19-38; Law, J. y Hetherington, K., «Materialities, Spatialities, Globalities», *Dep. of Sociology, Lancaster University*: <http://www.comp.lancs.ac.uk/sociology/soc029jl.html>.

2 Outram, D., «New spaces in natural history». En Jardine, N., Secord, J. A. y Spary, E., *Cultures of Natural History*, Cambridge: Cambridge University Press, 1996, pp. 249-265. Latour, B. y Hermant, E., «Ces réseaux que la raison ignore –laboratoires, bibliothèques, collections». En *Le pouvoir des bibliothèques: La mémoire des livres*. En Occident, Jacob, Ch. y Baratin, M. (dirs.), Paris: Albin Michel, 1996, pp. 23-46.

3 Lefebvre, H., *The production of space*, Oxford: Blackwell, 2000.

viables. Pues sabemos que las necesidades de abstracción crecen cuando nos alejamos del sitio (o aumentamos la extensión) donde queremos actuar. De hecho, la conciencia de que los problemas se difuminan cuanto mejor se los conoce es muy antigua, tan vieja como la convicción de que las soluciones están en las manos de los cirujanos, los yerberos, los mecánicos y los cocineros. Expertos que, como los escritores, los músicos y los arquitectos, piensan con las manos. No es raro entonces que durante la primera mitad del siglo XVIII hubiera en España varias decenas de instituciones preparadas para reparar cualquier desajuste o descosido. Todas ellas, sin embargo, estaban pulverizadas sobre el territorio. No funcionando en red eran pasto de la rutina. Las cosas cambiarían cuando América volvió a funcionar en el imaginario político de la Corte como tierra de promisión. Es decir, cuando cambió la escala con la que se querían considerar los problemas. No deja de ser curioso que las colonias fuesen la causa de todos los problemas y la fuente de todas las soluciones, pues en la práctica el control de tan vastas posesiones implicaba cuantiosos gastos militares y administrativos. Por ello, las culturas de la disuasión y la gobernación adquirirán unas dimensiones casi planetarias. El cambio de escala afectó lógicamente a las políticas naval, sanitaria o educativa y, desde luego, alteró las formas de imaginar la gestión de los recursos americanos, ya fueran minerales, ya vegetales. La misma población, incluida la indígena, es vista como una especie de producción autóctona, una parte sustantiva de aquellas geografías singulares y, como los otros entes naturales, indisociable

del clima y del entorno. Una hipótesis muy novedosa que insinuaba la imposibilidad del gobernar sin un control sobre los meteoros celestes.

La escala imperial a la que aludimos dio vuelo a algunas instituciones peninsulares que, como el Jardín Botánico y el Gabinete de Historia Natural, ambas en Madrid, o el Observatorio Astronómico de Cádiz, se limitaban a ser modernos colegios/cámara, cuya novedad tenía más que ver con la impronta del patrocinio real que con los saberes que circulaban por sus aulas. El horizonte imperial trajo muchas novedades, entre las cuales la política de expediciones ultramarinas funcionó como la columna que sostuvo los proyectos reformistas impulsados desde la metrópoli⁴. Algunas instituciones supieron conectarse con las necesidades emergentes y adquirir un peso y una visibilidad científica y cultural impensable unas décadas antes. Su función dejó de ser cortesana para hacerse imperial. Su identidad ya no se confundiría con la del coleccionista o anticuarista, sino con la de los agentes gubernamentales encargados del gobierno de la naturaleza⁵.

La idea de naturaleza, entendida como una estructura indemne ante las contingencias y sujeta por leyes sagradas, era muy conveniente, pues aseguraba la viabilidad de políticas para las que no sería un obstáculo la diversidad de plantas o la pluralidad de gentes. Quiere esto decir que no habría naturaleza sin imperio o, dicho en otros términos, que la suma de todos los accidentes geológicos más el conjunto de los seres vivos no conforman la naturaleza. La idea de naturaleza nace del encuentro entre política y ciencia. Sin

4 Lafuente, A. y López-Ocón, L., «Tradiciones científicas y expediciones ilustradas en la América Hispánica del siglo XVIII». En Saldaña, J. (ed.), *Historia social de las ciencias en América Latina*, México: Ed. Porrúa-UNAM, 1996, pp. 247-281.

5 Lafuente, A., «Institucionalización metropolitana de la ciencia española en el siglo XVIII». En A. Lafuente y J. Sala Catalá (eds.), *Ciencia colonial en América*. Madrid: Alianza, 1992, pp. 91-118.

embargo, el cuerpo nace cuando la materia orgánica de la que estamos hechos es poblada por los «qualia», es decir, por las palabras con las que expresamos las vivencias del dolor o del amor⁶. Al espacio le sucede algo parecido y surge del territorio cuando es socializado como hábitat o, en términos más culturales, como paisaje. Y así también la naturaleza se constituye como una noción contraria a las de cuerpo y espacio, un concepto que nunca se confunde con la suma de todos los bichos y las plantas que lo pueblan ni con las sensaciones que estos seres nos provocan, sino con las especies que lo habitan, los gradientes que lo gobiernan y las máquinas que los miden. Solo hay naturaleza cuando las máquinas (sean instrumentos, libros, mapas, cuadros) se interponen entre las sensaciones del sujeto y el objeto sobre el que se proyectan. La naturaleza son las cifras y las tablas que dicha mediación produce, de forma que el temperamento se transmutará en clima, y el agua o el perejil en H₂O y *Petroselinum sativum*, respectivamente. La naturaleza entonces es otro mundo que está segregándose del de la experiencia común. Y así, mientras se geometrizan, tabulan y renombran las cosas, al ordenar los datos (hechos, los llaman desde muy temprano quienes sostiene este empeño cartográfico), los científicos se proclaman únicos testigos acreditados. Volvemos al chifonier, a las redes a distancia, a los testigos in situ y a la escala que demandan las representaciones, es decir, a los archivos del gobierno y al Imperio que los demanda. Y ahora vemos más claro por qué no debería fundar imperios quien quiera una vida armónica, porque tras la apariencia de orden (nuevo) se oculta la enorme violencia



de escindir el mundo en dos hemisferios, condenando «el oriental» al destino subalterno y gigantesco de ser territorios informes y organismos infames.

Infames e informes, inalienables e inefables, los sitios y las gentes. Una inmensidad abierta a la llegada de los agentes imperiales. Ninguna comisión podía serles más apropiada si lograban resolver el problema de la escala. Los botánicos llegan a las colonias satisfechos con dos ideas muy simples. La primera es la de especie, una noción que contiene la creencia en que toda la variedad vegetal y animal cabe en una tabla con innumerables filas (los organismos ya transformados en especímenes), pero con pocas columnas, pues cada arbusto no era sino una concreción de algo abstracto e invisible. La otra consistía en afirmar que la variedad de especies se traducían en diferencias de forma. En cualquier caso, la noción de especie, como la de gen en el siglo xx⁷, permitía unificar todos los saberes sobre la fauna y flora, minimizando la distancia entre lo próximo y lo lejano, o entre Europa y América.

6 Starobinski, J., «A Short History of Bodily Sensation», en Feher, M., Naddaff, R. y Tazi, N. (eds.) *Fragments for a History of the Human Body*, vol. 2, Nueva York: Zone Books, 1989, pp. 353-70, 402-404.

7 Fox Keller, E., *The Century of the Gene*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2000.



La naturaleza podía representarse como un manto vegetal continuo poblado en secuencia discontinua de formas que, aunque fueran descritas con palabras ordinarias, acababan apresadas en la red binomial linneana. La naturaleza, en definitiva, era modelada como una estructura de datos y las expediciones se convertían en instrumento de la biopolítica, cuyo objetivo no eran las singularidades locales, sino buscar la manera de convertirlas en información⁸. Trasladado al lenguaje en boga de nuestros días, el sistema linneano operaba como una interface entre lo morfológico y lo nomenclatural. Y así casi todos quedaban contentos pues, como enseñó Foucault, durante la Ilustración los objetos solo son vistos como parte de un orden lógico⁹.

Hubo quien desconfió de tales malabarismos a ambos lados del Atlántico. Los ecos de Buffon no se ahogaron en París o Londres, y pudieron escucharse en Philadelphia, México y Lima. Alzate¹⁰, el más socarrón y brillante agitador de la opinión pública en Nueva España, no podía entender que para hablar de una planta hubiera que esconder cuanto se sabía sobre su localización, entorno, época

de floración o características de suelo. El problema era que el sistema linneano era insensible a las circunstancias locales y temporales¹¹. Los criollos de todas partes no estaban de acuerdo. Sabían mucho de plantas y nada de escalas, pues como escribió con su admirable castellano nuestro tenaz presbítero mexicano «[...] es cosa digna de admiración que la limitadez de un hombre, por estudioso y observativo que sea, como suponemos a Linneo, quiera pasar en revista todo el globo terrestre para registrarlo, imponer nuevos nombres y asignarles el sitio en que deben colocarse»¹². La perspicacia de Alzate es sorprendente, porque muy pocos vieron la enorme desproporción que había entre la inmensidad del mundo y la pequeñez del laboratorio. El gabinete de Upsala, su genial ocupante y cualquiera que fuese el número de chifoniers, eran demasiado pequeños para que cupiera el mundo. Hoy ya no nos cuestionamos estas desproporciones, pero vistas a distancia son conmovedoras. Alzate se queja de una sucesión de agravios que todos los botánicos enviados desde las metrópoli simulaban no entender: lamenta desde el

8 Haraway, D., *Simians, Cyborg, and Women: The Reinvention of Nature*, Nueva York: Routledge, 1991; Fox Keller, E., *Refiguring Life: Metaphors of Twentieth Century*, Nueva York: Columbia University Press, 1995.

9 Fabian, J., *Time and the Other. How Anthropology makes Its Object*, Nueva York: Colombia University Press, 1983.

10 José Antonio de Alzate y Ramírez (1738-1799), presbítero mexicano, periodista y uno de los científicos e intelectuales más famosos de su época. Escribió más de treinta tratados y preparó algunos mapas de Nueva España. En 1768 comenzó la publicación de su periódico, el *Diario literario de México*.

11 Müller-Wille, S., *Mapping the plant world. Centre and Periphery in Linnean Botany*, (inédito).

12 Alzate, J. A., «Carta satisfactoria dirigida a un literato por [...] sobre lo contenido en la Gaceta de México de 16 de Mayo de 1788», en Moreno, R., *Linneo en México. Las controversias sobre el sistema binario sexual* (1788-1798), México: UNAM, 1989, p. 23.



enorme coste de los nuevos instrumentos y la pérdida de tiempo que supone no poder herborizar más que en tiempo de floración, hasta la obscenidad del sistema sexual¹³ o su incompatibilidad con los conocimientos y jerarquías locales. Las cuestiones de nomenclatura botánica también lo eran de nomenclatura política, como lo demuestra el que los nombres autóctonos, al ser excluidos del campo del saber, definieran nuevos rangos de poder¹⁴. La alienación de los yerberos y las herbolarias locales no fueron la única consecuencia. También se inició así la escisión entre botánica y materia médica, otra deriva inquietante, pues nadie iba a quedar indiferente si la utilidad ya no era la brújula que orientaba el interés por las plantas. Los criollos, al menos, transformaron su inicial perplejidad en una visible batalla por la conquista de la opinión pública. Para ellos, lo que había que hacer —lo que la tradición y sentido común mandaban— era justo el trabajo inverso, subordinando lo taxonómico a lo sensible, y lo sensible a su utilidad. Más aún, lo óptimo era que el nombre no fuera expresión de un orden lógico, sino funcional.

Eran muchos los desencuentros y todos parecía que iban a converger alrededor de la noción de diversidad natural, por «...hallarse en Nueva España —escribía Alzate en 1788 y refrendaba Unanue¹⁵ desde Lima— producciones de la naturaleza que desvanecen y trastornan todas las hipótesis, todos los sistemas botánicos hasta el día establecidos»¹⁶. El mensaje era claro: América desbordaba cualquier proyecto clasificatorio. No cabía en una simple tabla, el simple hecho de imaginarla parecía una nueva forma de denigrar un continente, ya previamente degradado por Buffon, Robertson y otros europeos a la condición de imperfecto por inmaduro. Los botánicos metropolitanos no compartían tal criterio. Podían aceptar que Nueva España fuese muy rica en variedades vegetales, pero siempre que fuesen tratadas como especímenes de algo más general. Tampoco querían discutir la importancia de conocer la utilidad de las plantas, pero les repugnaba la idea de que sus propiedades estuviesen determinadas por las circunstancias locales, pues «la tierra no suministra algún nutrimento a los vegetales sirviendo solo de punto de apoyo para sostenerlos, por consi-

13 La acusación de obscenidad dirigida al sistema linneano fue bastante corriente en la época, aunque de ninguna manera llegó a ser general. Delaporte, F., *Le second règne de la Nature. Essai sur les questions de la végétalité au XVIII^e siècle*, Paris: Flammarion, 1979, pp. 149-160; Schiebinger, L., «Gender and Natural History», Jardine, Secord y Spary, (1996) *Cultures of Natural History*..., pp. 163-177.

14 Lo explicó con claridad A. Giddens cuando propuso que el desancaje (disembedding) era una de las circunstancias características de la modernidad, en *The Consequences of Modernity*, Stanford University Press, 1991, p. 21 ss.

15 Hipólito Unanue (1755-1833), médico peruano, el primero que trató sobre el tema del higienismo en América en sus *Observaciones sobre el clima de Lima y su influencia en los seres organizados* (1807).

16 José Antonio Alzate, *Botánica* (1788), Moreno, *Linneo en México*, 4. También, Unanue, «Una idea general del Perú», en *Obras científicas y literarias*, Vol. 2, Lima: CEM, 1975.

guiente no es esencialmente precisa para la vegetación»; o bien que «el olor, color, sabor, lozanía y demás accidentes de las plantas no sirven para disponer sus diferencias específicas» y «que sucede lo mismo con sus usos y virtudes y por lo tanto no deben admitirse para este fin». El asunto es grave, porque las anteriores tesis eran planteadas a los alumnos del Jardín Botánico de México para que las defendieran en público ante sus compañeros y las autoridades locales. Lo mismo ocurrió en Guatemala, donde se exigió a los estudiantes que intentasen derivar las cualidades de una planta de sus características morfológicas, o sea que se asignó al sistema linneano un carácter no solo nominativo o descriptivo, sino plenamente predictivo¹⁷. Y, en fin, como vemos, la política metropolitana no se detuvo ante nada, reprimiendo con firmeza cualquiera de los argumentos que sirvieran para reivindicar un bagage cultural propio e independiente del europeo.

Desantropologizar el conocimiento de las plantas implicaba también deslocalizarlo o, mejor aún, desterritorializarlo. La botánica emergía como un saber que se autonomiza respecto de la medicina, pero también de la corografía, pues el territorio pasaba a ser una especie de alfombra que sujetaba las plantas. El asunto entonces era saber hasta qué punto un suelo diferente podía inducir un variedad floral diferenciada. En este punto la resistencia local tampoco fue pequeña. Nadie podrá jamás convencer a un agricultor de que la tierra, su tierra, no es un factor decisivo. Las Sociedades Económicas de Amigos del País no eran agrupaciones de agricultores, sino de patriotas y tenían menos intereses taxo-

nómicos que productivos. Integradas por los miembros más activos de esa élite local comprometida con el utilitarismo económico, sus prioridades tenían más que ver con la aclimatación de plantas y la innovación técnica que con la clasificación botánica y el estudio de la mecánica. Tal vez no entendieran de taxones ni de cálculos, pero sabían que el campo era caprichoso, que los principios generales valían para los libros y que las cosechas eran más un milagro que un teorema. Para aquellos notables caballeros ser patriota implicaba asegurar la estabilidad de los plantíos y reducir a unas cuantas reglas de obligado acatamiento y validez local el cuidado de cada una de las plantaciones en curso. Justo lo contrario de lo que predicaban los apóstoles de Linneo, pues ahora, allí en las colonias, lo que se sugiere es que la identidad vegetal de un país no puede definirse en términos de especies botánicas, sino en función de las características singulares del suelo. O, dicho en otros términos, que la tierra altera las propiedades de las plantas. Citemos a Goycochea¹⁸, quien en medio de la polémica sobre la calidad del añil americano y la posibilidad de aclimatarlo en Europa¹⁹, tranquilizaba a los patricios novohispanos con una contundente respuesta: «El temperamento, el clima, el terreno, las aguas, y otras preciosas protecciones no las podrán trasladar a sus posesiones los extranjeros». Ya lo dijimos, lo que estaba en juego era la prosperidad de aquellas tierras y mientras los expedicionarios americanos se confiaban a Linneo, los criollos postulaban una casuística que afectaba al orden mismo del conocimiento. Goycochea escribía para gente práctica. Nunca deja de hablar de producción y circulación de

18 José Antonio Liendo y Goycochea (1735-1814), franciscano, profesor de filosofía en la Universidad de San Carlos, uno de los intelectuales más activos de Guatemala y miembro fundador de su Sociedad Económica.

19 Nieto-Galán, A., *Colouring Textiles. A History of Natural Dyestuffs in Industrial Europe*, Dordrech/Boston/Londres: Kluwer Academic Pub., 2001, pp. 17-19.

17 Maldonado, J. L., *Las huellas de la razón. La expedición científica de Centroamérica (1795-1803)*, Madrid: CSIC, 2001, p. 289.

mercancías, pero más que reglas concretas fabrica elementos para apoyar una retórica resistencialista: «Los traficantes del añil de todo se deban ya desconfiar: primero de muchas prácticas ciegamente adoptadas: segundo, de teóricas que no encuentran sacadas de hechos y experiencias de mil maneras variadas: tercero, de este mismo tratado y de estas mismas notas». En fin, una manera más, entre las mil posibles, de reivindicar el sentido común por encima de la autoridad, apelando a la experiencia frente al artificio. Y quede claro que el rótulo artificio podía contener cualquier hecho artificial, incluidos lógicamente los experimentos.

Tenemos, pues, dos formas genéricas de apropiación simbólica de América. De la que reivindica los detalles, la tradición y los localismos nos ocuparemos más tarde. Ahora necesitamos unas líneas para ahondar en la relación entre política imperial y botánica sistemática. Quien pretende captar la esencia de cada fragmento del mundo vegetal mediante un nombre está vaciando las formas vivas de su poder simbólico. Está situando en cada par de palabras un saber silencioso y, considerado globalmente, sustituyendo la diversidad por la taxonomía. La botánica no trata de cosas que cambian con el tiempo o con el lugar, sino con entes sobre los que se proyecta la ilusión de ser perennes y tabulables, es decir, con formas abstractas traducibles a información. La botánica linneana nada tiene entonces que ver con la biología. Es una biopolítica y lo único que le importa a los biopoderes es saber cómo transformar la pluralidad, los localismos, los *qualia* en información. Una simplificación que ayudó a los expedicionarios a concluir



en plazos razonables la inmensa tarea que se les había encomendado. Así, por ejemplo, Mariano José Mociño observó una extraordinaria continuidad botánica entre los territorios mesoamericanos y guatemaltecos que parecía legitimar la unidad política que los regía desde la ciudad de México: «Hemos examinado el Reino de Guatemala, una vez visitadas las provincias de Nueva España casi en su totalidad, y hemos encontrado en nuestro último viaje regiones no muy diferentes a las halladas en nuestras primeras expediciones. Así pues, a nadie puede parecerle extraño el hecho de que la flora, descubierta en Nueva España contenga el catálogo de la de Guatemala, añadiendo tan solo un reducido número de especies no observadas en nuestras primeras incursiones»²⁰. La homogeneidad botánica confirmaba la unidad política. No había quiebra en el tránsito de unas regiones a otras.

Pero hay más. Linneo también ayudó a los expedicionarios a encontrar atajos con los que abreviar las penurias de su trabajo.

20 Mociño, J., *Flora de Guatemala*, Estudio introductorio y edición de José Luis Maldonado Polo, Madrid: CSIC-Doce Calles, 1996, p. 141.



Encontrar nuevas especies implicaba viajar a lugares recónditos. Moverse por la frontera de lo desconocido equivalía a padecer lluvias torrenciales, malos caminos y carencia de víveres. La diversidad, en fin, era un obstáculo. Y si desde los despachos virreinales o las aulas jesuíticas América parecía un vergel, desde la espesura del bosque o la soledad de las montañas la abundancia se manifestaba como un castigo. Nada más elocuente que las palabras con las que Hipólito Ruiz²¹ describe su estancia en Chacahuassi²², un: «...estrecho y profundísimo calabozo, donde apenas entra el sol más horas que las del medio día, y por la noche, si se lograba una serena en aquella estación, [apenas si] podían contarse las estrellas, [...] recorriamos con la vista aquel oprimido y tristísimo lugar, [...] examinando aquellos tres empinados e inaccesibles Cerros, cubiertos desde la cumbre hasta las márgenes de los estrepitosos ríos, de elevados árboles, arbustos y matas»²³. No es raro entonces que derivaran hacia hipótesis que les ahorraran semejante suplicio. Ya vimos cómo la unidad botánica explicaba la unidad política. Ahora

se podía razonar a la inversa y decir que la división administrativa podía considerarse expresión de algo así como un ecosistema. Y así la búsqueda de nuevas especies podía detenerse allí donde las regiones se hacían más inaccesibles: «El 30 de Julio regresé de Xauxa a la Villa de Tarma, —relata Hipólito Ruiz— asegurado de que en ningún tiempo presentaría el Valle y Cerros de Xauxa materiales para la trabajar por algunos días los individuos de la Expedición Botánica; como no fuese entrando en las Montañas; de los que desistimos, bien informados de los prácticos y de los Misioneros de Ocopa, de que las Montañas de Tarma eran igualmente abundantes que las de Xauxa de vegetales; y mucho mas fácil y seguro su tránsito para las herborizaciones botánicas»²⁴. La diversidad que nunca fue el propósito de las expediciones también dejó de serlo para los expedicionarios. Se juntaban entonces el hambre (la voluntad de homogeneizar) y las ganas de comer (el deseo de concluir). Las plantas dejaron de ser asunto de prácticos y se transformó en preocupación de políticos. La botánica acabó vertebrando la política imperial. La política botánica devino en botánica política y, al igual que hoy hablamos de crisis medioambientales, también se discutió mucho entonces de la decadencia de la naturaleza, de la erosión del Imperio. Si la economía política daba relevancia a la historicidad de los recursos y los pueblos, la botánica política suspendía los localismos, impulsaba los monocultivos y promovía la aclimatación. Las plantas mismas, y no sus frutos, se convertían en la substancia de los intercambios y, por las redes lo que circulaban eran ideas relativas a cómo

21 Hipólito Ruiz, (1754-1816) botánico español, director de la Real Expedición Botánica al Virreinato de Perú.

22 Chacahuassi, pequeño enclave andino, situado al nornordeste de Huánuco, en dirección a Acomayo.

23 Ruiz, H., *Relación histórica del Viaje que hizo a los Reynos del Peru y Chile el botánico D. Hipólito Ruiz en el año de 1777 hasta el de 1788*, en cuya época regresó a Madrid. Editado por Jaime Jaramillo Arango, Vol. 1, Madrid: RACEFN, 1952, p. 349. Similares valoraciones sobre el paisaje americano pueden verse en Pimentel Igea, *El bosque ilustrado...*, 1991.

24 *Ibidem*, p 113

movilizar especies y cómo desnaturalizarlas. La botánica ciertamente tenía menos que ver con los asuntos del saber que con los del poder. Empezó siendo una «tecnoescopía» pero, a finales del siglo XVIII, ya era una «teletecnia». Su éxito como empresa imperial se vinculó a la capacidad para articular una red internacional de cátedras, jardines, expedicionarios y empresas editoriales capaz de producir una naturaleza traducible a palabras y deducible a partir de muy pocos principios. En fin, convertida en mero manto vegetal y fragmentada en especies, cabía en la sucesión de planos que es un libro, o un «bioarchivo» o, mejor aún, en una constelación de chifoniers. Era ya, como diría Deleuze, un ensamblaje de máquinas.

Cuerpos meteóricos

El énfasis en los particularismos, sin embargo, obstaculiza la formación de consensos políticos, un problema para el que algunos criollos buscaron solución. Tendremos, pues, que hablar de los cuerpos sin órganos²⁵. Pero no será enseguida, dejemos para más adelante el misterio que encierra tal expresión. Los criollos estaban incómodos. Discutían como si creyeran que los agentes de la metrópoli, los expedicionarios, hubiesen perdido la cabeza. Y es que, ciertamente, las complicaciones que planteaban la sistemática linneana y los otros desafueros con los que se asoció²⁶ hacían incomprensible la tozudez de sus partidarios. No importa de qué tema se tratara. Se comenzaba tratando asuntos de especies y se terminaba polemizando sobre cuestiones de espacios. Si los científicos foráneos politiza-

ron las plantas, los sabios locales politizaron los espacios. Y así, emancipar las plantas (de las Indias) implicó movilizar los cuerpos (en América). Pero lo bonito son los detalles y a por ellos vamos. Hablemos un poco de bosques, estancos y diversidad.

Las necesidades madereras en Europa crecieron a tanta velocidad que pronto emergió la conciencia del agotamiento, cuando no la de esquilmación de los recursos²⁷, dos formas de crisis de la naturaleza de muy distinta significación. La primera implicaba la noción de decadencia y la segunda la de desgobierno. Los agentes del imperio no estaban para matices y no quisieron distinguir. Necesitaban madera para sus barcos y dictaron medidas proteccionistas, es decir normas administrativas. Así, cuando se aprobaron las Ordenanzas para la conservación de los bosques de Guayaquil, el cabildo municipal denunció que la medida era desmesurada y que los males podían anular los supuestos beneficios. Lo primero, decían los munícipes, es acercarse al conocimiento local tácito de los nativos, pues «... mientras no falten las leyes de la naturaleza, sobrarán bosques en Guayaquil sin auxilio de pragmáticas que prevengan su conservación. Más aún, las pragmáticas solo prueban la... falta de conocimiento de estos territorios y su clima, al extremo de que tal actitud es tan ignorante, como comprable a la de quienes quisieran... guardar los huevos de mosquito para que no se pierda la casta»²⁸.

No faltó quien llegó más lejos afirmando que la hipótesis del agostamiento «... es moralmente imposible que se verifique en el orden natural de las cosas»²⁹. Empleaban los criollos la mayor convicción posible

25 Tomamos la noción de Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia: Pre-Textos, 1988, p. 155.

26 La política de nombramientos dio lugar a grandes tensiones, véase Izquierdo, (1995), *Montaña y los orígenes...*; Moreno, (1988), *La primera cátedra...*; Puig-Samper, (1993), *Difusión e institucionalización...* Hernández de Alba, G., *Quinas amargas: el sabio Mutis y la discusión naturalista del siglo XVIII*, Bogotá: Presidencia de la República, 1996.

27 Para el caso español véase Urteaga, L., *La tierra esquilma. Las ideas sobre la conservación de la naturaleza en la cultura española del siglo XVIII*, Madrid: El Serbal-CSIC, 1987.

28 Laviana Cuetos, M. L., «Los intentos de controlar la explotación forestal en Guayaquil: pugna entre el cabildo y el gobierno colonial». En Peset, J. L., (ed.) *Ciencia, vida y espacio en Iberoamérica*, vol. II. Madrid: CSIC, 1989, pp. 406-407.

29 Naranjo Osorio, C., «Los reconocimientos madereros en Cuba (1780-1810)». En Lucena Giraldo, M. (ed.) *El bosque ilustrado. Estudios sobre la política forestal española en América*, Madrid: ICONA, 1991, p. 110.

para avalar las críticas a la política imperial que, insinúan aquellos distantes súbditos, sería muy científica, pero nada natural. En la metrópoli tampoco se entendía este tránsito imperceptible entre los lenguajes de la ciencia y de la religión. Ya se ve por donde vamos, pues acabaremos diciendo que lo que estaba en juego era la idea misma de naturaleza y, por tanto, los valores que sustentaban los diferentes proyectos políticos. Los mismos argumentos también aparecieron cuando se habló de especializar los territorios y estancar monocultivos. Los redactores de la Gaceta de Guatemala no se anduvieron con remilgos y afirmaron que esa política conducía a la pobreza y destruía la diversidad: «Desgraciada preciosidad la de nuestros frutos —escribían aquellos patriotas el 16 de octubre de 1797—, pues que apenas se introducen en el teatro del comercio, se desaparecen como los relámpagos, o duran tan poco como los cometas. Oigo ponderar a muchos la riqueza que encierran las producciones naturales de este Reino; mas poco o nada se discurre sobre la conservación de aquellas que siendo un tesoro real inagotable, ya no existen más que en una lastimosa memoria»³⁰. En la lógica imperial no encajaban estos gestos desmedidos, pues si el territorio solo era un continuum vegetal y las especies se podían transportar, aclimatar y repoblar, los lugares eran intercambiables. Justo lo que negaban los criollos, para quienes todas las palabras se les volvían argumentos para reclamar un cambio de escala, para exigir el abandono de las perspectivas globales y el reconocimiento de las tradicionales.

Pero antes de que la naturaleza adquiriera valor patrimonial y que el pasado fuese el



lugar del paraíso, encontraron una topografía donde proyectar su ansia de saber y recordar. Hubo un topos al que la Ilustración le asignó el mayor valor simbólico. Las montañas y sus bosques eran territorio virgen y muy pronto el locus de la fecundidad³¹. Cuando Caldas³² descubre la biogeografía, cuando comprende que a cada altura de la montaña corresponde una vegetación diferenciada, está dando forma científica a algo que siempre han sabido los campesinos y aún ignoraban los botánicos. Andes era una palabra derivada de andenes, término que los colonizadores emplearon para designar un paisaje montañoso aterrazado e irrigado. Pero es que además parece estar desvelando la tesis reciente de que los incas hicieron un uso vertical del territorio, de forma que las unidades administrativas de su imperio se desplegaban en V invertida, desde el mar hasta la cima de la cordillera y desde arriba hacia la espesura del bosque tropical³³. La montaña entonces era un templo, pero también un museo vivo que custodiaba toda la variedad vegetal. Los expedicionarios no entendían nada, pero esa

31 Numa Broc, *Les Montagnes au siècle des Lumières. Perception et représentation*, Paris: CTHS, 1991.

32 Francisco José de Caldas (1771-1816), naturalista colombiano nombrado director del Observatorio de Bogotá y fundador de la revista científica el Seminario de la Nueva Granada.

33 Murra, J. V., «El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas» en Murra, *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Lima: IEP, 1975, pp. 57-115.

30 Reproducido en Rubio Sánchez, M., *Historia del añil o xiquilite en Centro América*, vol. 1, San Salvador: Ministerio de Educación, 1976, p. 127.

incomprensión no les detuvo³⁴. Más aún, la montaña era también el mayor de los laboratorios del planeta, pues allí era donde la naturaleza había experimentado todas las formas de hibridarse y aclimatarse. En la montaña estaban todos los suelos y todos los climas³⁵. Tampoco le faltaban todas las culturas, pues en cada sitio hubo poblaciones adaptadas a su entorno local y desplegadas horizontalmente, antes de que los incas los engulleran en su imperio y los organizaran en pisos verticales cosidos, en el altiplano, por la ruta del inca (hoy casi coincidente con la autopista de las Américas). Todo eso representaba la montaña y, al menos, dos cosas más. Una, vincular el cielo (o sea el clima) al suelo (es decir, la tierra con sus nutrientes y con sus gentes). La otra, sustituir la visión cenital del territorio (plano y geométrico) por otra vertical (volumétrico y estratificado), un tránsito que recorre el mismo trayecto que nos ha venido conduciendo desde la perspectiva imperial y botánica a la criolla y biogeográfica.

Caldas fue más lejos todavía. Reconocía que delante de aquellas inmensidades andinas parecía que «las plantas se han esparcido sobre la superficie de los Andes sin designio, y que la confusión y el desorden reinan por todas partes»³⁶. Apariencias. Las montañas solo necesitan una hermenéutica y la clave estaba en el clima. Sin conocer sus fluctuaciones, nada relacionado con la flora era pensable. Para percibir las, lo primero era cambiar la escala de la representación. Es imposible expresarlo con más claridad que Caldas cuando se lo quiso a contar a sus compatriotas: «No se trata ya de una carta común: escalas reducidas y todo lo que tenga



de apariencias de pequeñez y economía debe desaparecer del espíritu de nuestros compatriotas. Dos pulgadas cuadradas por lo menos deben representar una legua de terreno. Aquí se han de notar las colinas, las montañas, los pastos, las selvas, los rastrojos, lagos pantanos, valles, ríos, sus vueltas y velocidades, estrechos, cataratas, pesca, todas las poblaciones, todos los establecimientos de agricultura, minerales, canteras, en fin, cuanto presenta la superficie de nuestro suelo»³⁷. Y es que, en fin, «...es una falta de juicio y raciocinio —escribía Unanue— querer caracterizar un país dilatado por lo que se observa en alguna de sus partes»³⁸. Semejante forma de razonar era imparable. Otra vez estamos frente a los malabarismos de esas retóricas del sentido común. Pero hay que estar muy atentos, porque sin que lo perciba el lector aparece una bifurcación que desvía hacia lo inesperado el sentido del discurso. Nosotros hemos captado el momento, la frase en la que Unanue nos manda por lo desconocido: «Las plantas tienen más sensibilidad entre los trópicos que fuera de ellos»³⁹. Ya

34 Unanue, *Obras científicas*, Vol. 2, 1975.

35 Unanue, «Observaciones sobre el clima de Lima», 1975, en *Obras científicas*, Vol. 1. Chenu, J., Francisco José de Caldas. Un peregrino de las ciencias, Madrid: Historia 16, 1992.

36 Caldas, «Del influjo del clima», en *Chenu*, Francisco José de Caldas, 1992, p. 295.

37 Caldas, «Estado de la geografía del Virreinato de Santa Fe», en *Chenu*, Francisco José de Caldas, 1992, p. 295.

38 Unanue, Vol. 1, 1975, p. 12.

39 *Ibidem*, p. 54.



sabemos que está citando implícitamente a Haller y a Diderot y que fueron muchos los ilustrados que participaron de esta deriva materialista⁴⁰. Pero, al menos, dos cosas merecen ser subrayadas. La primera es que estamos hablando desde Lima, una ciudad doblemente fronteriza por estar en América y por asomarse al Pacífico. Lo han dicho muchos colegas antes y nosotros lo vamos a repetir: en Lima había gente bien informada⁴¹. Para la pregunta «¿cuándo se jodió el Perú?» que se hizo Vargas Llosa, la respuesta no es finales del siglo XVIII⁴². A la segunda vamos dedicar lo que resta de artículo.

Si las plantas son sensibles, entonces no son intercambiables sus emplazamientos. Cada cosa tiene su sitio y cada país su floresta nacional. Lo mismo ocurre con todos los seres vivos, incluidas las personas, pues «...aunque todos los hombres que pueblan la tierra desciendan de un mismo Padre, la diferencia de climas, usos y alimentos a que los redujo su primera dispersión, ha ido introduciendo tal diversidad en sus facciones y propiedades, que al comparar en el día varias naciones,

parecen derivadas de distinto origen»⁴³. Las diferencias entonces tienen su causa en el clima. Pero no es solo de razas de lo que quiere hablar nuestro ilustre limeño. Como a casi todos los ilustrados lo que le interesa son las naciones y, lo más original en este caso, es incluir la diversidad vegetal como otra de las idiosincrasias substantivas. Y no es que le guste mucho el perfume de aquellas flores o el sabor de esos condimentos, es que está imaginando a los humanos como creaciones vegetales. No hay más que asomarse a la ventana y comprobar que quienes consumen coca se adaptan mejor al terreno y redoblan su resistencia a las penalidades. Negar esta relación es ignorar el mundo andino, darle la espalda a las evidencias⁴⁴.

Y lo que vale para la coca, el «architónico», podría ser cierto para otras muchas plantas, quizás para la coca, el chocolate, el tabaco, la quina, la piña, el café, producciones extraordinarias y con efectos sensibles, incluso perceptibles a simple vista. Pero lo razonable es que el reino vegetal esté construido con la misma filosofía, es decir, que todas las plantas tienen una función salubre o, mejor aún, salvífica, porque en algún sitio hay que poner a Dios en este engranaje. Unanue nada sabe de bioquímica, pero como buen cortesano entiende mucho de alimentación y sabe, lo ha escuchado o el mismo lo cocina, que la mejor comida se hace con productos de la tierra. ¿Cómo entonces no proferir ante la buena mesa el grito de guerra de todas las plutocracias «¡somos lo que comemos!», y convertir el mundo en una sociedad de comensales? Nos damos cuenta del punto. Estos criollos habían descubierto

40 Moscoso, J., *Materialismo y religión. Ciencias de la vida en la Europa Ilustrada*, Barcelona: El Serbal, 2000.

41 Clément, J. P., «Decadencia y restauración de la medicina peruana a fines del siglo XVIII», *Asclepio*, 39-2, 1987, pp. 217-238.

42 Vargas Llosa la puso con todo su dramatismo en boca de Zavalita, uno de los personajes centrales de la novela *Conversaciones en la Catedral*.

43 *Ibidem*, vol 2.

44 *Ibidem*, vol 2.

la sociobotánica y no les espantaba la idea de que una parte substantiva de lo que seamos derivara de lo que comemos. Tal afirmación es de Perogrullo, salvo que te pares ahí. Pero Unanue no se detuvo. Nada sabían aquellos criollos de la evolución, pero tenían un instrumento que explicaba que la conducta humana estaba íntimamente relacionada con las características de los vegetales con los que convivía. Otra bifurcación. Porque hablábamos de individuos alrededor de una buena mesa y ahora ya tratamos de comportamientos colectivos. Con tales convicciones se pueden hacer muchas cosas. Una, por ejemplo, es liberar las razas de cualquier pecado de origen⁴⁵. No se necesita para nada meter a Dios en este asunto. Otra, menos pía, es impulsar políticas eugenésicas u otros proyectos de exclusión social. E, igual que se lanzó la bomba atómica sobre Hiroshima porque nunca se dejó de usar una tecnología disponible, también en Perú se predicaron estas tesis por el bien de todos y se aplicaron para el beneficio de pocos.

La montaña, la sensibilidad y la digestión eran asuntos decisivos, pero la clave, lo dijimos, está en el clima. Y como en el siglo xx con la noción de gen, el clima tuvo que hacerse una cosa muy grande y, a continuación, algo demasiado ambiguo. Adoptó la apariencia de un objeto científico, pero no había laboratorio que lo contuviera. O sea que, como cualquier otro híbrido, vulneró la regla de la contención y se convirtió en un asunto tan político como científico, es decir en un objeto para contrabandear en la frontera entre la naturaleza y la cultura. «Por clima entiendo —decía Caldas—, no solamente el

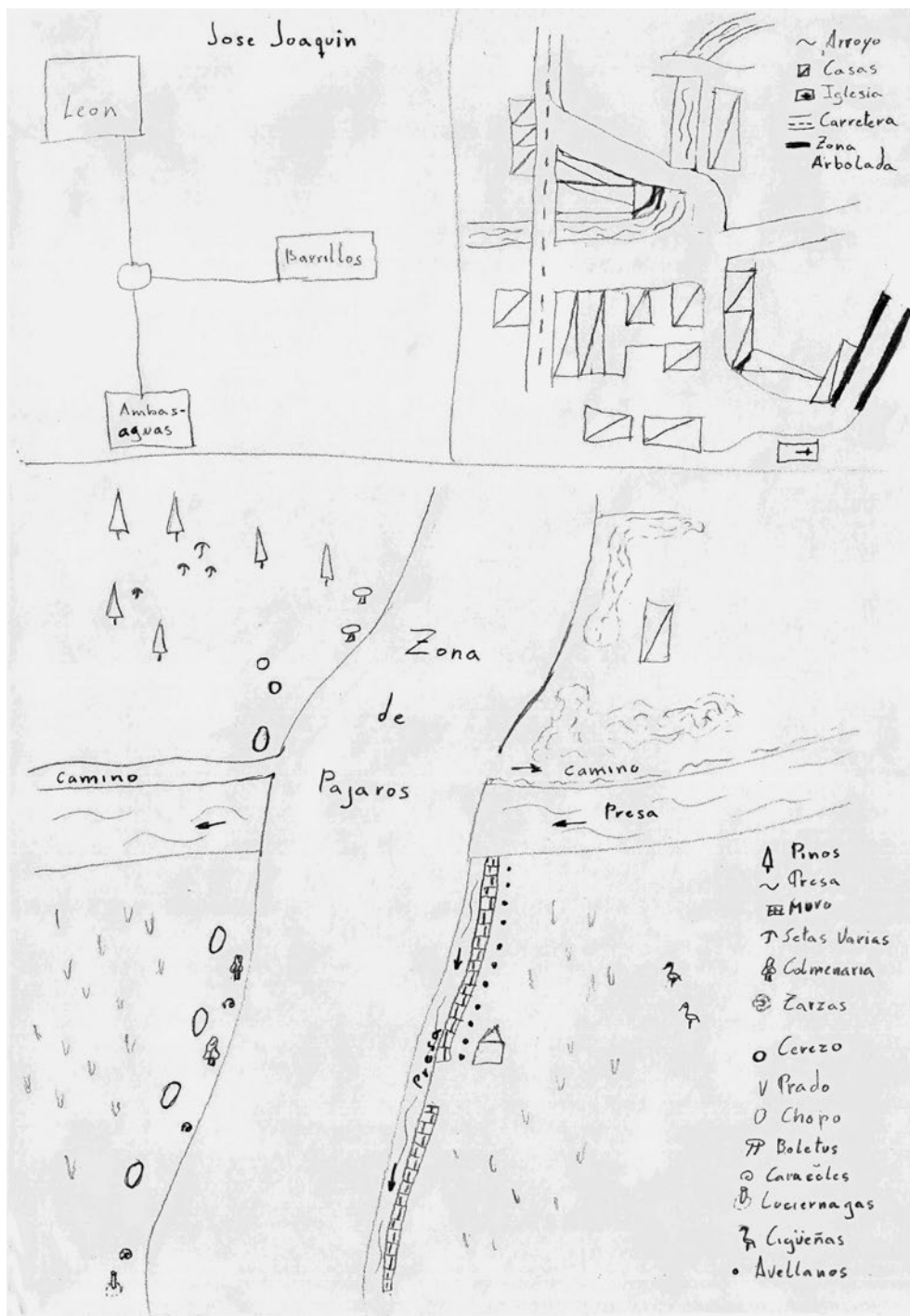
grado de calor o frío de cada región, sino también la carga eléctrica, la cantidad de oxígeno, la presión atmosférica, la abundancia de ríos y lagos, la disposición de las montañas, las selvas y los pastos, el grado de población o los desiertos, los vientos, las lluvias, el trueno, las nieblas, la humedad, etc»⁴⁶. Ya vemos que con esta noción de clima se pueden explicar muchas cosas, pero por si aún tenemos dudas, escuchamos de nuevo a Unanue las pistas que nos da sobre cómo afrontar los problemas de las pasadas decadencias: «Introducidas en el siglo de las conquistas mil enfermedades extranjeras con el comercio, el lujo y la mezcla, vencieron ellas las nobles calidades del clima, y no encontrando obstáculos eficaces a sus progresos, prendieron en los regnícolas como el fuego en el bosque seco»⁴⁷. Ya vemos que la crisis, a diferencia de los expedicionarios, no la conceptualiza como erosión, sino como contagio. Y así las cosas, la historia del Perú debería escribirse como un «biodrama», una «metereohistoria». Los mismos peruanos se transforman en cuerpos sin órganos, convertidos, como escribió Michel Tournier, en «testigos vivos y nerviosos de los meteoros», resortes sensibles a los flujos de intensidad, entes modulados por los gradientes hídricos, aéreos, lumínicos, y, en fin, atmosféricos. Los peruanos, por fin, son bien venidos. Sin importar la raza, todos son hijos de la misma montaña y todos dejan de ser organismos y se transforman en cuerpos. Ciertamente, todavía sin órganos, pero la tarea por venir estaba clara: cambiar la flora para transformar el Perú. Después, vendrán los buenos peruanos.

46 Caldas, «Del influjo del clima», en *Chenu*, Francisco José de Caldas, 1992, p. 301.

45 «El espíritu racional —escribe Unanue— está igualmente distribuido en todas las partes de la tierra», Unanue, Vol.1, 1975, p.73.

47 Unanue, «Decadencia del Perú», Obras científicas, Vol. 2, 1975, p.11.1.

Cuaderno de campo



Paseo entre Barrillos y Ambasaguas
Plano de José Joaquín



Lino (*Linum usitatissimum*)
Imagen escaneada.

Flor silvestre que también fue un cultivo muy antiguo en la ribera, de él se extraían de forma artesanal fibras textiles y se leboraba aceite de linaza. El oficio se retomó hacia los años 40 y, aunque las nuevas empresas usaban máquinas muy eficientes, no tuvo continuidad.



Centeno (*Secale cereale*)
Imagen escaneada.

Cereal, que junto con el trigo, eran los cereales imprescindibles y mejor valorados a principios del siglo xx para hacer el pan. En la ribera, además, los tallos secos se usaban para hacer escobas.



- OREGANO-ORIGANUM
/ VULGARE L.

- PALACIOS DEL SIL

- 18-07-2014

- MARGEN CAMINO

Orégano (*Origanum vulgare*)
Imagen escaneada.

Esta hierba se encuentra en el monte y se usa en la comarca, junto con ajo, pimentón y sal, en la preparación de adobos para la conservación de la carne y los embutidos. También se toma en infusión para aliviar afecciones del sistema respiratorio.



Menta (*Mentha piperita*)
Imagen escaneada.

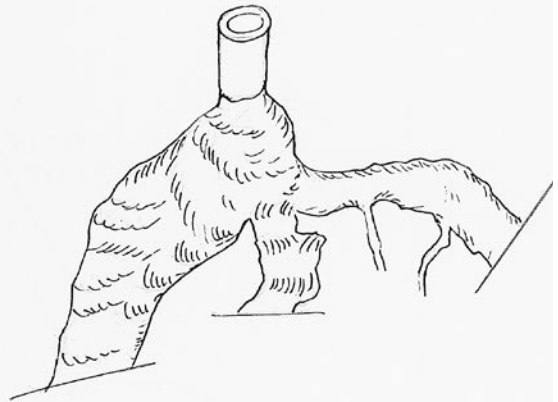
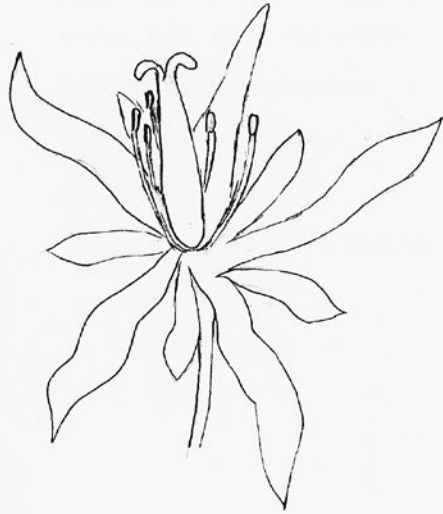
Desde 1950 y durante 30 años la ribera de Vegas adquirió fama por la cantidad y la calidad que se recolectaba de menta. La comercializaban unas compañías de Murcia y Sevilla para exportar a Alemania... el «oro verde» lo llamaban...

CALENDULA OFFICINALIS



Caléndula (*Caléndula officinalis*)
Dibujo de Elo Viejo.

La flor de la maravilla o flor de todos los meses es de origen supuestamente mediterráneo, su amplio cultivo en huertas y patios la ha hecho asilvestrarse. Entre los muchos usos que se le atribuyen destacan el de calmar la piel sensible y ahuyentar plagas en la huerta.



Genciana (*Gentiana lutea*)
Dibujos a lápiz de Quique y Charo.

Esta planta crece en Palacios del Sil, de donde son Quique y Charo. La raíz se usa como remedio tónico amargo y es el componente de bebidas como bitter, vermú, amargo de angostura y suze.



"ROMERO A CIEGAS"

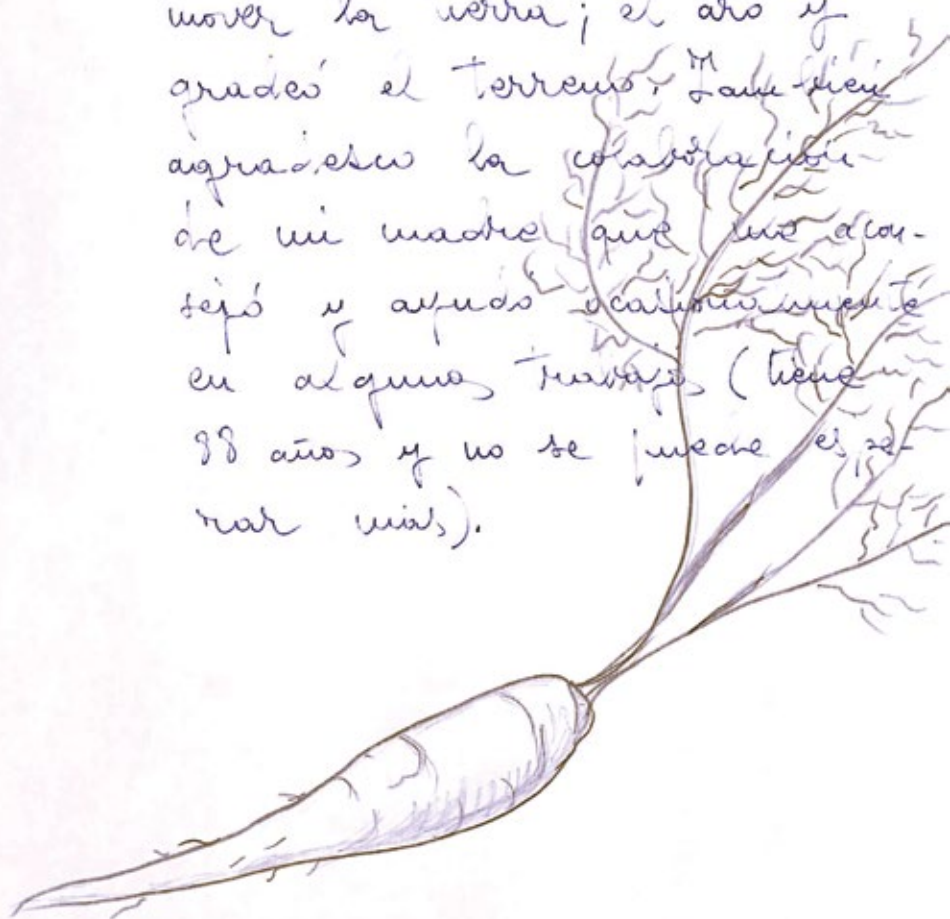
Nata 30 Mayo

Romero (*Rosmarinus officinalis*)

Dibujo con ojos cerrados de Natalia Argüello.

Esta hierba ha sido ampliamente utilizada desde la antigüedad tanto en la medicina popular como en la gastronomía, la cosmética y la higiene. Es, además, una planta melífera, es decir, que las abejas producen miel a partir de sus flores y favorecen la polinización.

Quiero agradecer la ayuda fundamental de Manuel García, mi primo, que me evitó la dura tarea de preparar y mover la tierra; él aró y gradesó el terreno. También agradezco la colaboración de mi madre que me aconsejó y ayudó ocasionalmente en algunas tareas (tiene 88 años y no se puede esperar más).



Zanahoria

Texto y dibujo a lápiz de Ángela López.

Raíz rica en betacaroteno, pigmentos que el organismo transforma en vitamina A al ser consumido y que contribuyen a mantener una buena visión y a reparar células dañadas por condiciones ambientales.



Cromatografía de suelo

Muestra de tierra del «invernadero alegría» de Lorenzo Calvo.

La imagen realizada en junio de 2015 muestra manchas blancas parecidas a dientes que son signos de la fertilidad y el buen estado de salud de ese suelo.



Lúpulo (*Humulus lupulus*)
Estampa de Monserrat Lamela.

Esta planta silvestre trepa por los bordes de caminos y las presas. Los belgas introdujeron su cultivo en las riberas de Vegas hacia el año 1950 para la elaboración de la cerveza y muchos labradores iniciaron su cultivo de forma artesanal.



Chopo (*Populus sp.*)
Estampa de Ana Mary.

Este árbol es de rápido crecimiento y muy apreciado por su madera y por su fácil propagación. Se cultiva desde los años 1950 en las riberas de Vegas y hubo numerosos aserraderos para cortar la madera al aire libre.



Negrillo (*Ulmus minor*)
Estampa de María García.

Este gran árbol, de crecimiento rápido y de apreciada madera, como en el resto del mundo fue atacado por la grafiosis, un hongo transmitido a través de un escarabajo, y ya no quedan en la ribera.



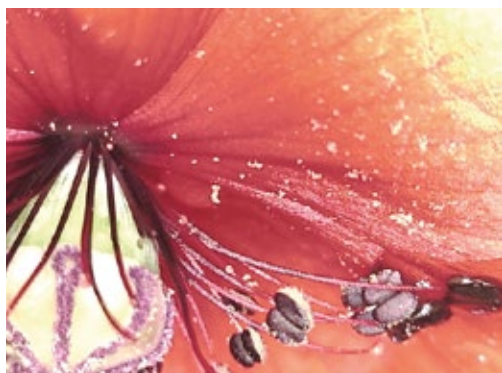
Nogal (*Juglans regia*)
Estampa de Ángeles Álvarez.

Este árbol crece silvestre en la ribera y también se cultiva. Sus amplias hojas y nutritivos frutos o nueces se usan para elaborar remedios caseros con infinitos fines medicinales, desde la caída del cabello a la relajación del sistema nervioso..



Balsamina (*Achillea millefolium*)
Estampa de Montserrat Lamela.

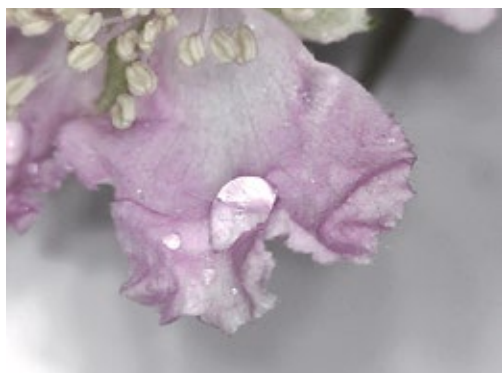
Esta planta de flores blancas es muy llamativa en los prados y bordes de caminos. Se usa en la ribera para problemas del aparato respiratorio, de la circulación sanguínea, de la digestión y de la menstruación.



01



02



03



04



05



06

Fotografías tomadas mediante cámara de lupa digital (200 aumentos).

01-Amapola. 02-Amapola detalle de la cápsula. 03-Rosa silvestre. 04-Geranio de San Roberto. 05-Lúpulo. 06-Balsamina.

En la Vega,
aire de otoño,
las moscas persisten.

Cielo aún azul,
el verano languidece.

Quieta la luna observa,
la noche cae,
todo en penumbra deja.



Perdida la visión,
otros sentidos disfruto.

Largo invierno de blanca escarcha,
donde no hacemos ya ni la mataza.

Las estaciones pasan,
las ilusiones quedan
y la familia espera.

Se doran las mieses,
agobia el calor,
dormimos la siesta.

Las abejas despiertan,
el plen las enloquece.

Sobre el auror...
¡cómo que gozosa?!
¡Qué belleza!



Este libro se terminó de imprimir el 28 de septiembre de 2018,
mientras el proyecto Herbarium continúa su andadura.

Un mapa de vínculos entre habitantes y paisaje,
desde la memoria de los elementos naturales
que consolidan el territorio.

